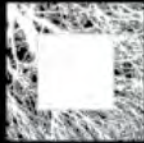




Ricardo **III**
(Un sueño)
de William Shakespeare

TEATRO
EL RINOCERONTE
ENAMORADO



COMPAÑÍAS INVITADAS DEL RINO

Unipersonal, adaptación y versión en verso al español de: Erando González



RICARDO III

[Un sueño] de William Shakespeare
Dirección: Silvia Ortega y Erando González

Viernes 30 / 20:00 hrs. | Sábado 31 / 19:00 hrs. | Marzo, 2012
¡ÚNICAS FUNCIONES!

Un actor piensa, imagina, ensaya y construye a un Ricardo que, a su vez, imagina, ensaya y construye su propia tragedia. Se invocan uno al otro; han traído tres o cuatro cosas, echan mano de algunas otras que "están por ahí", los vemos en el camino de un lejano, incierto estreno.

Admisión general: \$70.00
Amigos del teatro,
estudiantes e INAPAM: \$35.00
Vecinos del teatro: \$25.00

Carlos Tovar 315, Zona Centro
[entre Av. 20 de noviembre y el Edificio de Seguridad Pública]
www.elrinoceronteenamorado.org

Síguenos en:



MÉXICO EN ESCENA

FONCA

CONACULTA

jueves 24 de julio de 2008 → Cultura → Ricardo III

Olga Harmony

Ricardo III

Correr un riesgo y cumplir un viejo anhelo es lo que hizo Erando González al convertir la tragedia shakespereana en un unipersonal, en versión española en verso del propio actor y autor de la dramaturgia, codirector con Silvia Ortega de su propuesta. En el programa de mano da cuenta de lo que le indicó Ludwik Margules en un taller de perfeccionamiento actoral, de que detuviera la mirada en los monólogos de *Ricardo III*, como génesis de un proyecto que llevaría a cabo ligando un monólogo al otro con “puentes dramáticos” que ignora si serán suficientes para hacer comprensible un texto de por sí muy laberíntico, lleno de personajes incidentales en las postrimerías de la larga Guerra de las dos rosas inglesa, aunque el autor de la versión lo da por sentado al terminar su texto con el famoso grito de “un caballo, mi reino por un caballo”, haciendo caso omiso de la muerte del protagonista y los pocos incidentes finales.

Erando González no solamente dice los monólogos de Ricardo, sino que entabla diálogos con otros personajes y aun vierte el monólogo doliente y furioso de lady Ana. Un gran mérito a su favor es que los muy difíciles monólogos de cara al espectador, posiblemente por la economía dramática que se ostenta, resultan válidos y no llaman a risa como ocurre con frecuencia. En efecto, el cinismo de que hace gala el protagonista lo llega a convertir en un villano casi caricaturesco –amén de que su caracterización física plena de deformidades– que alguna vez hemos visto, que hace reír al dirigirse al espectador, culpa en que incluso cayó –y que los dioses me perdonen– sir Lawrence Olivier en su película, que es uno de los grandes escollos para cualquier actor. En su versión unipersonal, Erando González logra que los monstruosos monólogos espetados al público se reciban de igual manera que el resto de su trabajo.

En un escenario muy despojado, con apenas un atril y algún otro aditamento, que incluye el tonel en el que según la tradición morirá ahogado Clarence, el actor prepara su espacio moviendo los asientos (lo que hará en cada escena), cambiando su ropa según el vestuario de Cordelia Dvórák, y poniendo particular atención en colocar una tela cuya función al pronto no se adivina. Es de todos sabido que la tragedia empieza con uno de esos monólogos, que el actor liga con su diálogo con Clarence, representado por una manzana que será su atributo hasta su muerte, que no vemos, según una muy simple pero eficaz manera de identificar a los personajes. La tela colocada a un costado será un larguísimo velo que cubre al actor para su caracterización de lady Ana y que al ser destapada y volviendo Erando a su papel de Ricardo, un pequeño nudo en un extremo del velo representará a la viuda en el diálogo subsiguiente. De igual manera, el creador escénico no desdeña incluir un micrófono o un teléfono celular, al cabo que desde que se inicia la escenificación da cuenta de que no se trata de un intento realista y que por medio de objetos, como la bolsa de fruta que despiadadamente destroza a patadas, va ofreciendo la historia del maligno rey. Antes de cada escena, el actor se acerca al atril en donde está un libro abierto, como si fuera a consultarlo, para alejarse enseguida y continuar con lo que sigue. Cada acercamiento al atril es una ruptura para indicar que se da un nuevo giro y el acercamiento final, antes de que la luz –en iluminación de Jorge Kuri Neumann– se apague para marcar el telón virtual, elimina las escenas finales, con lo que el montaje queda abierto y la cauda de personajes, reducidos a unos cuantos, no interesan más que en razón del protagonista. Erando González logra una gran cantidad de matices en su muy meditada propuesta. Lo mismo es la dolido y enojada lady Ana, que el ingenuo Clarence, pero es en los giros de Ricardo – a cuya deformidad apenas apunta con una ligera cojera– en donde logra su mayor lucimiento actoral, lo mismo como seductor, como agradecido monarca ante los vótores, que en sus hipócritas intervenciones vueltas cinismo al dirigirse al público.

[Agregar un Comentario](#)

Copyright © 1996-2012 DEMOS, Desarrollo de Medios, S.A. de C.V.
Todos los Derechos Reservados.
Derechos de Autor 04-2005-011817321500-203.

ESCENARIOS

★Para pasar el rato ★★Divertido ★★★Bueno ★★★★Excelente ★★★★★Imprescindible

¿Viva el rey?

Ricardo III, el rey cojo y jorobado —clásico de Shakespeare— que cambió su reino por un caballo, se presenta reinterpretado en el Teatro Orientación.

Por Alejandra Jarillo

ESCENARIOS



DRAMÁTICA ACTUACIÓN la del actor Erando González, quien se apoderó de Ricardo III, ¿o fue al revés?

Hace diez años, cuando en un taller de perfeccionamiento actoral el maestro Ludwik Margules encomendó a su alumno Erando González trabajar con el texto *Ricardo III* de William Shakespeare, Erando se dio a la exhaustiva pero apasionante tarea de recrear al complejo personaje del cual resultó un ensayo construido en versos decaesílabos que, si bien respetaba el manuscrito original, construía al Ricardo del que actuarmente se apoderaría González.

Hace cómplice a Silvia Ortega, para dirigir de manera conjunta, tras haber trabajado en las obras *Ivonne, princesa de Borgoña* y *La secreta vida amorosa de Ofelia*. Para él, no había nadie que pudiera llevar a cabo mejor su Ricardo: «Le tengo toda la confianza, es capaz de sacar teatro de donde sea».

Desde el primer instante de la puesta en escena vemos a un hombre que denota locura, su mirada perdida y sórdida deja escapar al monstruo interno que describe la personalidad del último monarca de York, Inglaterra: Ricardo III. El antihéroe shakesperiano por

excelencia, el sanguinario y demente...

El octavo hijo de Ricardo de York y Cecilia Neville, Ricardo (1452-1483), nació cojo y jorobado. Aunque se dice que este dato es una licencia ficticia que se dio Tomás Moro en su obra, para describir físicamente la fealdad interior del personaje que mató, traicionó, usurpó y torturó a todo el que se interpuso en su ambicioso camino al poder. Más tarde Shakespeare retomó la historia y la convirtió en un clásico del teatro.

En esta puesta, el público, ubicado en el escenario y no en las butacas del teatro, presencia de cerca el dominio de Erando sobre un Ricardo que sin titubeos recita los versos, grita, susurra, escupe, golpea, llora y da una constante fluidez y ritmo a su obra unipersonal. Conforme avanza la historia, Ricardo se apodera de Erando, y éste interpreta intensamente al perverso seductor, al asesino cruel que en una primera escena dirige a su hermano un monólogo que poco a poco revela sus intenciones. Jorge de Clarence es representado por una manzana que finalmente,

tras golpearla con un palo (y sobresaltar al público), apuñala y se come.

También habla con su esposa, Lady Grey, representada por una botella de perfume. Él se lo echa sobre la cara y el cuerpo sin pudor ni respeto, para después dirigirse a Ana, la otra esposa, representada por un velo negro, triste, que arrastra por el escenario y con el que se cubre la cara. Finalmente se encuentra frente a un espejo, delira de locura, confiesa al público sus crímenes y lo hace cómplice, porque lo mira a los ojos y lo acosa hasta que casi sin darse cuenta grita: «¡Viva Ricardo III!» Logra envolverlo porque es un hábil propagandista de sí mismo.

Creador de su propia tragedia en tanto un pecado lo llevó a otro, logra sus objetivos hasta que llega el día de su caída a manos de Enrique Tudor, y exclama delirante: «¡Un caballo, mi reino por un caballo!»

Esperamos que la mancuerna González-Ortega se repita porque esta actuación que eriza la piel, sumada a la dirección puntual, lúcida y creativa, nos deja con ganas de más teatro. **Ricardo III: un sueño [Monólogo] Teatro Orientación, Reforma y Campo Marte s/n, Polanco, 5280 7844, lun y mar 20hrs, \$150 ★★ ★★**

“En la actual política mexicana no existe un Ricardo III. Aunque sí existe su maldad, nadie iguala su inteligencia”.

ERANDO GONZÁLEZ, ACTOR

FOTOS: RICARDO III, JOSÉ JORGE CARREÓN; CABARET MORTAL, CORTESÍA CENTRO CULTURAL HELENCO; WILLY PROTÁGORAS, ALEJANDRO AMEZCUA.